

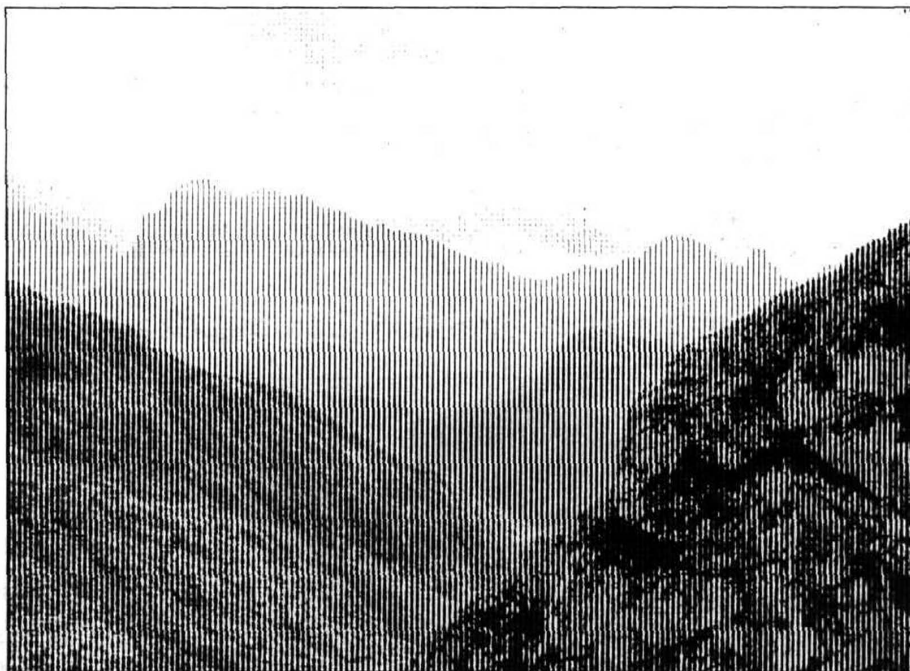
TRIBUNA DE CASTILLA Y LEÓN

Cabeza de ratón y cola de león

JOSE ANTONIO ABELLA

DESDE Peñalara, algunas de esas radiantes y escasas mañanas de invierno en las que la Submeseta Norte se despierta sin su velo de bruma, pueden verse los Picos de Europa. No hacen falta prismáticos ni artilugios ópticos. Sólo un aire transparente y el conocimiento justo para saber que aquellos quiebros blancos y lejanos del horizonte, perfectamente distinguibles cuando el sol se refleja en la nieve de las cumbres, corresponden a la silueta de los tres macizos que componen los Picos de Europa. Entre ellos y las barbas nevadas que identifican al *abuelo Peñalara*, en la Sierra de Guadarrama, se extiende una llanura inmensa donde los ríos confluyen y la mirada se pierde. A quien no pueda gozar de esta panorámica, acaso le baste con mirar un mapa físico de Castilla y León para imaginar, como un valle horizontal y dilatado, esta enorme llanura rodeada de montañas.

Hace ya tiempo, por razones que no vienen al caso, tuve que viajar muchas veces desde Navacerrada hasta Pajares. Dejaba Segovia y su Tierra de Pinares, pasaba por Cuéllar, recorría una recta de siete kilómetros y, poco antes de Vitoria, aunque no me hubiera percatado del cartel que lo anunciaba, un descenso de curvas ceñido a un fuerte desnivel del terreno ya me indicaba que había entrado en la provincia de Valladolid. Por San Miguel y Portillo llegaba a su capital. Pasaba luego por Medina de Rioseco, por Mayorga y, en seguida, sin que ningún accidente geográfico me lo revelara, otro cartel (habitualmente tachado con aerosoles negros que ponía *País Leonés*) me advertía que me encontraba en la provincia de León. ¿Qué diferencias encontraba el viajero a ambos lados de este cartel? La respuesta es: ninguna. El mismo paisaje tendido. Los mismos campos de cereal. El mismo cielo. ¿Qué diferencia veía entre Albiros y Ceinos de Campos, por ejemplo? Ninguna. La misma tipología de viviendas. Las mismas tapias de adobe. El mismo polvo en las eras y en las calles. ¿Y entre sus habitantes? Ninguna tampoco. El mismo idioma. El mismo carácter. Las mismas arrugas. Los mismos afanes de las *buenas gentes* que



viven, laboran, pasan y sueñan, como escribiera don Antonio Machado.

Otro poeta, Fernando Pessoa, aseguró que *no es suficiente no ser ciego para ver los árboles y las flores*. Árboles se veían pocos en esta frontera virtual de la llanura. Pero, quien no está ciego, ciertamente ha de ver diferencias en Castilla y León. Ha de ver, por ejemplo, las diferencias entre el Bierzo y el resto de la provincia leonesa, que son infinitamente más abundantes que las que hay entre Vecilla de Valderaduey y Santas Martas, tantas o más que entre la montaña palentina y los Valles de Cerrato, o entre la Bureba y la Losa, o entre la Armuña y la Sierra de la Peña de Francia, o entre la Tierra de Pinares y la Tierra de Ayllón... Diferencias en el paisaje, en los pueblos y en las gentes. Pero también es cierto, como alguna vez escribí a propósito de la condición humana, que son más, muchas más, las cosas que nos unen que las que nos separan, algo de lo que estoy firmemente convencido por más que los acontecimientos de Bosnia, Serbia o Croacia se empeñen en demostrar lo contrario.

He hablado antes de aerosoles negros.

En una carretera secundaria de León pude leer: *León sin Castilla*, a lo que otro aficionado a la pintura al fresco había añadido y *el Bierzo sin León*. También pude leer en Burgos una pintada que decía: *Autonomía para Caleruega*. Hoy como entonces, me sigo llevando las manos a la cabeza. Por encima de las críticas de centralismo vertidas sobre la Junta de Castilla y León, sin duda real y susceptible de cambio; por encima de los argumentos históricos que se piden en el polvo de los legajos y que, por cierto, olvidan ocho siglos de historia común; por encima de todo ello debe de haber otros intereses menos inocentes que el moho de los archivos que sirve de queso a los ratones de biblioteca: el interés, hablando de ratones, de cuantos prefieren ser cabeza de ratón a cola de león (dicho que curiosamente oí por primera vez a un amigo leonés).

Cualquier sociólogo sabe que es más fácil abonar la diferencia que la semejanza, la división que la unidad, el enfrentamiento que la concordia. Es algo tan evidente que lo saben hasta los políticos, especialmente los políticos que insuflan en

el sentimiento de los pueblos el aire para los colchones de sus reinos de Taifas.

Tengo en León a varios de mis mejores amigos. En León he conocido a hombres tan entrañables como Salvador Acebo, de Compludo, que a sus 91 años me contaba que tras la guerra, interrogado por la Guardia Civil, se negó a delatar a los maquis con estas palabras: «¿Qué les parecería a ustedes que les dijera a ellos (los maquis) cuándo y por dónde pasa la guardia civil?» Claro que Salvador Acebo era un hombre de otros tiempos, de los que no andaban con denuncias tan incoherentes e interesadas como las del señor De Francisco cuando acusa de fascistas radicales (y los compara con Cuba y Sudáfrica) a quienes consideran que el mapa autonómico de Castilla y León es adecuado a la realidad de Castilla y León; de los que no revolían el agua de los ríos para buscar ganancia de pescadores; de los que no tenían más ambiciones que mantener a su familia, cultivar su huerto y recoger una buena cosecha de nueces. Sabía mucho de cargas Salvador Acebo, pero nada de cargos, ni de nóminas, ni de dietas, ni de gastos de representación. Tampoco votaba a nadie: «¿Para qué?», decía.

He conocido a bastantes hombres como éste a uno y otro lado de los carteles que señalan los límites de las provincias que se extienden entre Peñalara y los Picos de Europa. Los recuerdo perfectamente. Leo después las declaraciones del señor De Francisco. Al lado veo una foto del señor Morano. Luego, por no se qué extraña asociación de ideas, me viene a la cabeza la imagen del señor Hormaachea.

Y la verdad es que siento tal vergüenza ajena que sólo me dan ganas de coger a mi perro y pasear por el monte, donde, volviendo a Pessoa, no sólo hace falta no ser ciego para ver los árboles, sino que *también es preciso no tener ninguna filosofía: con filosofía no hay árboles, no hay más que ideas*. Pues eso pasa con algunas sofismas políticas: que con ellas no hay tierras, ni pueblos, ni gentes; sólo los intereses personales de quienes apelan al interés de las tierras, de los pueblos y de las gentes.